

persona que acopia cosas y las hace suyas. En cuanto suyas, estas cosas representan ó copian al dueño, y á su vez el dueño las representa ó copia en cuanto pasan á ser *propiedad suya*.

Acoplar, del latín *coplare* ó *copulare*, juntar, unir.—Cualquier cosa se acopla identificándola con otra; mas al acoplarla, no se la identifica tanto que no quede algún modo de distinción. Así es la relación entre todas las cosas.

Así se acoplan también la teoría y la práctica, el espíritu y el cuerpo, lo eficiente definido y lo coeficiente indefinido.

Acoquinar, del latín *ad*, cerca, *coquus*, cocinero.—Mucho se envalentona á veces el espiritualismo en filosofía; pero mucho también se acoquinan el materialismo y el positivismo, asemejándose á un rutinario cocinero.

Para su cocinilla económica de esta vida transitoria en el mundo presente lo quiere todo el cocinero positivista. Algo más de *valor moral* le realzaría mucho ante sus propios ojos; le haría triunfar de graves dificultades, y elevaría su precio en los mercados contemporáneos, en el de la historia, y sobre todo en la conciencia humana, que es la conciencia imperfecta de un solo Dios.

Acordar, del latín *ad*, cerca, y *cer*, *cordis*, corazón.—Función de hacer acuerdos.

De cor (corazón) ha podido derivarse cuerda.

La cuerda, el corazón y el alma, aunque conceptos tan distintos, caben en una misma función de tirar, de mover, de mandar, de imperar, de hacer definido lo indefinido, ó viceversa.

Todo esto ha podido atribuirse al corazón y á la sangre contenida en él,

como muchos hoy todavía lo atribuyen á los nervios y á la masa encefálica.

En la antigüedad se ignoraba el valor de los nervios y del cerebro.

Así, pues, el corazón tiraba de nuestro cuerpo, le movía, le mandaba.

¿Cómo conciliar esta creencia con la creencia coetánea de que el espíritu es inmortal y jefe superior del Universo?

Sin duda por la *discordia*, que se conservaba unas veces con transacción, y otras se eliminaba radicalmente, entre el espíritu y el cuerpo.

Sólo por esta *discordancia* ha podido decir Virgilio: *Colum ac terram camposque liquentes spiritus intus alit*, y, sin embargo, creer que el espíritu del cuerpo eran el corazón y la sangre.

Se admitía con Aristóteles diversidad de almas, y no se podía concebir que un alma sola (Dios) reinara en el Universo. ¿Cómo realizar un alma de esta índole fuera de la religión cristiana y de la ciencia viviente?

Acortar.—Disminuir la duración ó el espacio de algo, ó ambas cosas á la vez.

Se acorta la vida en el espacio definido, con la muerte prematura del cuerpo. Se la acorta en el polo indefinido con la paralización de la inteligencia.

Acosar.—A, relación, y *cosas*. *Dificultar* un exceso de cosas positivas la elaboración á que concurre el coeficiente indefinido.

Acósmico, de *a*, privativo, y cósmico.—Negación del Cosmos.

Siendo el Cosmos no solamente relativo, sino la totalidad de lo relacionado y lo relacionable, suscita el extremo opuesto: lo acósmico, la nada.

Tales son los dos polos de la función viviente.

Entre lo cósmico y lo acósmico está el sér viviente, causado á la par por lo cósmico y lo acósmico.

El sér viviente es *causa sui* y causa de otro, y causado á la par por lo cósmico y lo acósmico.

El que vive simplemente como *causa sui*, vegeta (hace la ley).

El que vive además como causa de un *sui indefinido*, como tal, siente lo definido (siente la ley hecha).

El que vive, por fin, como causa de un *sui definido indefinidamente*, piensa (siente la función de hacer la ley y la ley hecha, y hace la ley).

Acostumbrar.—Realizar una ley de costumbre ó sea una ley práctica.

Las costumbres son las leyes propias de la vida; las leyes que, formuladas idealmente, *deben ser* y pueden ser, ó no ser, cumplidas en la esfera de los fenómenos.

La costumbre comienza con la transacción entre las tesis contrapuestas, ley y libertad, resultando buenas en general, cuando se identifican ambos factores sin perjuicio de su identidad, y malas en el caso contrario.

No hay función que no inicie una costumbre; mas para que ésta se consolide como ley, es condición precisa que se reproduzca ante el pensamiento con relativa continuidad.

No hay cosa mejor para cada individuo en el mundo, que acostumbrarse á sufrir lo malo y no ceder demasiado al atractivo de lo que parece bueno. La costumbre que debe regir para los actos humanos, es la de hacer bien en general, y, en cuanto sea compatible con el general, el bien particular.

Acreditar, del latín *ad*, cerca, y *credere*, creer.—Función de sugerir fe en algunas cosas. Determinar el

sentimiento, inclinándole á afirmar algo. Como el crédito pertenece á la función de creer y no á la de saber, se pueden acreditar verdades y también errores, cosas posibles y hasta imposibles. Interviene en el crédito la libertad inconsciente de sí propia con que se impone la ley, ateniéndose á los hechos realizados y á los probables en lo porvenir.

Acriminar.—Afirmar la relación personal de un individuo con un hecho contrario á la ley moral.

Como el cuerpo de la ley moral, constituida en las sociedades humanas, es variable según los diversos grados de cultura intelectual, cabe que un sujeto se vea acriminado por actos que apadrinaría otro código moral más razonable.

Acroamático, del griego *akroasthai*, oír.—Se llama acroamática la enseñanza oral, y sobre todo la que transmite pensamientos originales, y no precisamente tomados de otras fuentes.

Las enseñanzas procedentes de inspiraciones del sentimiento propio son acroamáticas. Se engendran dentro del individuo, que no las aprende si quiera como sanción de los textos archivados en su entendimiento, sino espontáneamente, por autogénesis.

La autogénesis, representada por un individuo, es un sentimiento que oficia como sexo masculino, susceptible de provocar un sentimiento análogo en un sexo correlativo, representado por otro sujeto que simpatice con él.

Concertando la autogénesis en el mismo individuo en quien se realice, con el código de leyes intelectuales archivado en su reflexión, engendra los hijos ideales que dirigen las acciones humanas.

La enseñanza de la ciencia viviente es eminentemente acromática. Es, respecto de la enseñanza escolástica sustancial, lo que el oído respecto de la visión.

Acróbata, del griego *akrobatein*. El que marcha sobre extremos.

Difícil es hacer equilibrios cuando se marcha sobre extremas alturas ó cuando se cae en extremas profundidades. Si se pierde aquí el equilibrio, no se le vuelve á recobrar.

Donde se puede recobrar el equilibrio, por más que fuera mejor no perderle, es marchando sobre términos medios, es decir, por los senderos de la vida.

Acromático, del griego *a*, privación, y *chroma*, color. — Lo que evita la producción de colores inoportunos para la recta visión.

La duda es la lente acromática del filósofo.

Acrópolis, del griego *akros*, extremo, y *polis*, ciudad. — Por alta que esté la ciudadela de una población, está más alto el cielo. Por muchas y grandes que sean las causas definidas, no alcanzan á suprimir la coeficiente indefinida.

Actitud, de *acto*. — Forma del acto presente de un sér vivo.

Un sér vivo, aun apareciendo inmóvil, aparece en una actitud determinada. No se habla de actitudes de los seres no vivos.

Actividad vital. — Hay una actividad vital; pero actividad no es sinónimo de vida.

Porque hay también una actividad pasiva, y la vida reúne á su modo (de actividad reduplicada ó superior) las dos actividades.

La *actividad superior* de la vida; la da el sentimiento, y la actividad pasiva la da el sentimiento mismo al

hacerse reflexivo (función de reflexionarse el *yo* sentido, ó sea de hacerse el sentimiento consciente de sí propio).

Por lo tanto, nos hemos de guardar mucho de llamar vida á toda actividad.

La actividad existe pasivamente, pero no vive, en lo inorgánico.

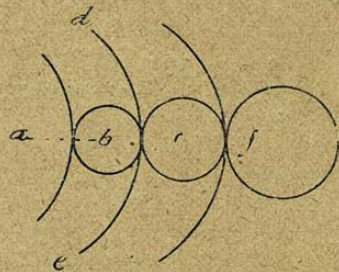
En lo orgánico es doble, y aun triple, actividad lo que en lo inorgánico es catividad simple, *coordinada* con otras también simples, y todas ellas *subordinadas* á una actividad superior.

Así aparece el Cosmos un conjunto de actividades, subordinado á una actividad superior, que no está en *ninguna parte*, aunque lo esté en todas desde el punto de vista general.

Mas desde el momento en que esta actividad total, negada á cada parte de lo inorgánico, aparece determinadamente en una de ellas, se constituye un sér viviente, de actividad espontánea, libre, autónómica, y no encadenada al imperio de una ley tiránica inflexible.

Esto hace la gran distinción de las funciones, que debe prevalecer en buena filosofía: funciones, vivientes las unas y no vivientes las otras, distintas entre sí, aunque también unificadas en su relación común con lo absoluto y necesariamente desconocido.

Activo. — He aquí el esquema geométrico de lo activo en todas sus formas correlativas.



Este esquema se supone girando de arriba abajo en el sentido de *a* á *f*, ó sea de izquierda á derecha, del espectador.

a, b (en su punto de contacto), fuerza; *b*, acto; *a*, potencia; *c, d, e*, función; *d, e* y *e, d*, tendencia (atracción y repulsión); *e*, estado; *f*, mundo inorgánico.

La tendencia se califica según los ideales particulares en que se fija. El estado, según es armónico ó inarmónico con la tendencia.

La función se completa cerrándose las curvas, y brotando sobre cada una de ellas otra nueva curva abierta, de donde resulta que la función viene siempre á ocupar el sitio de lo relativamente definido, y la fuerza activa comunica con lo indefinido en su fuente original (*a*), y con lo definido es una base imprescindible (*f*).

Se distinguen, pues, dos actividades: una autónómica ó espontánea y otra heteronómica.

La actividad espontánea cuadra al concepto ó fórmula de la vida, la cual representa *todo lo posible* entre los dos factores, positivo y negativo, que sin *relación* son imposibles, y puestos en relación originan por su mutua limitación la fuerza libre, la fuerza viviente (acto de la potencia y potencia del acto), y la fuerza correlativa de lo hecho y constituido, actividad heteronómica.

En la actividad heteronómica se reflejan todavía el acto y la potencia distinguidos entre sí, considerados como factores en sentidos diferentes, pero siempre se reflejan como factores *reales, definidos* y de algún modo fenomenales. Son el acto y la potencia de lo simplemente fenomenal, de lo no espontáneo, de la actividad inorgánica y relativamente pasiva.

Entre esta fórmula de la fuerza heteronómica, y la fórmula de la fuerza viviente, media la distancia que hay entre dos factores definidos, siempre posibles, á un factor absolutamente definido y otro absolutamente indefinido, que sólo se conciben como imposibles.

El acto de la potencia y la potencia del acto forman un círculo vicioso, como todas las contraposiciones fundamentales (sí, no); mientras no se rompa el círculo, que sintetiza, por el análisis, que disuelve; dando así origen á la posibilidad de algo particular definido, evidenciable ante los sentidos externos, y de algo tan universal que sólo le toca el sentido interno.

Los *extremos* absolutos son los que rompen la cadena circular, cortándola en dos puntos de contacto, uno inferior y otro superior, que son el principio y el fin (las llamadas por Aristóteles causas eficiente y final) de todas las cosas.

Aunque imposibles é inconcebibles de otro modo ó para otras cosas, los extremos absolutos (polos) tienen este oficio, rompiendo la monotonía de una cadena teórica que nunca se traspasa, para trocársela en armonía relativa de funciones bipolares, que se continúan indefinidamente en la serie de los tiempos.

Activo y pasivo. — Por su conexión directa con lo indefinido, es la fuerza representante de lo activo en general; y, por el contrario, la pasión, que particulariza la fuerza fijándola en objetos reales ó ideales, no lleva ya consigo más que una participación de fuerza, que sólo le deja eficacia para determinaciones particulares, sometidas á la determinación inicial de la fuerza, ó sea de la función primera.

en su forma autonómica, actualizada en el pensamiento.

Acto. En latín *factum* ó *actum*.— El hacerse, en un momento dado, un hecho considerado en su relación causal con el polo positivo de la función en que figura.

En contraposición al *auto*, que es el hacerse, en un momento dado, un hecho considerado en su relación causal con el polo negativo, ó sea indefinido, de la función en que figura.

El hacerse, ó sea la producción, es acto en cuanto determinado, y potencia en cuanto indeterminado.

El acto puro (*auto*) es irrealizable exteriormente: se le concibe sólo figurando en la imaginación como tesis, antítesis y síntesis simultáneas (persona humana), que siente el individuo al sentir su personalidad, dando cuerpo á lo indefinido con relativa libertad.

El *hecho* es también un modo funcional que no debe confundirse con el acto.

El acto ha de ser presente, el hecho es pasivo, pasado.

Cuando se habla de actos pasados, de actos de corporaciones, etc., se entiende reproducir hechos pasados en el acto presente.

Los hechos no se pueden reproducir como hechos. Cuando se los reproduce, es como representados en actos presentes, por más que lo presente *pase* inmediatamente á figurar como hecho.

Al acto presente se opone lo que pasa, lo pasivo, el fenómeno que se va; y lo que se va, regenerado en el porvenir, dentro de su condición pasiva, constituye por de pronto la pasión (necesidad de pasar á acción, ó de algo que particularice lo que en general ha de pasar).

Lo que en general *ha de pasar* (futuro), pasa en particular á acto (presente), y el acto presente á pasado (hecho).

Lo que ha de pasar es *el modo de la ley*, lo pasado *el modo del fenómeno*, y lo presente (el acto) *el modo de la función*.

La función de hacer es activa, y á ella se opone correlativamente la función de padecer (pasión). Sin paciente no se daría agente, ni, por el contrario, agente sin paciente.

Lo pasivo es lo hecho, que á su vez *hace* algo; interviene, en particular, y dentro de su esfera fenomenal, en cuanto realizado y provisto de un cuerpo propio.

Lo no hecho (el espíritu) asume la acción y se relaciona con lo hecho, lo pasivo, cuya participación en la función común es negación, inercia, llamada á transigir con el espíritu.

La letra mata; el espíritu vivifica.

El que hace la vida es el espíritu; pero espíritu es símbolo de *indefinido*, de *no ser*, de incomprendible, de imposible en absoluto, aunque relacionado necesariamente con lo posible. Semejante *relación*, imposible en el absoluto *sér* y en el absoluto *no sér*, es posible mediante la transacción que se realiza prácticamente en el *sér vivo*, en forma de *generalidad*, correlativa con todo lo fenomenal ó exterior.

¿Cómo se puede hacer un signo de nada? De nada en absoluto sólo es posible un símbolo ideal, que debe sentirse como símbolo de nada realizable exteriormente, aunque realizable interiormente, puesto que se ha realizado sin duda en el pensamiento que le concibe.

Acto y hecho. — Se suele dar un mismo sentido á acto y hecho,

pero la diferencia es fundamental.

El hecho se refiere á lo pasado; el acto á lo presente.

La potencia correlativa con el acto corresponde á lo futuro; el hecho corresponde á lo pasado y se significa como inercia en el sentido de *ausencia* de aquella actividad potencial, que pertenece sólo á lo indefinido en la función *autogénica* del pensamiento.

Acto y potencia de Aristóteles. — El acto puro de Aristóteles lo era precisamente por haber absorbido en sí toda la potencia, haber llegado á ser todo lo que podía ser.

Llegado aquí, permanecía *inmóvil*, y por eso era llamado *motor inmóvil*.

He aquí una de las consecuencias de haber soltado las riendas á la *aspiración á lo absoluto*, aspiración que Aristóteles llama *deseo*, en vez de consignar el dogma *todo es relativo*.

El acto *imaginado* como *puro é inmóvil*; es un concepto vacío, que nada significa, ó más bien significa *nada*, mientras *nada se hace*. Pero relacionándose el acto puro ó absoluto con la práctica, tomando la *forma inmóvil* en movimiento ó *cambio*, aparece *cambiado en auto* y relacionado con todo lo objetivo, que resta, mientras cambia, á la cosa que *está* cambiando.

En una palabra, *acto* ha de significar *hacer* alguna cosa, y *mientras nada se hace*, hablar de acto es afirmarle y negarle con predominio de la negación. Para hablar de acto con predominio de la afirmación, es preciso que se efectúe, *se particularice*, y no se disuelva en el vacío á que le lleva la tendencia (el deseo) á lo absoluto.

Actor y autor. — Todo viviente es *actor* de un drama dictado á

su organismo por *autor* desconocido.

El viviente que vegeta representa el drama, mudo como las figuras de movimiento artísticamente calculado, con la diferencia de que estas figuras mecánicas carecen del organismo automotor del *sér vegetativo*.

El viviente animal representa el drama, repitiendo las palabras del autor automáticamente, como los pájaros habladores.

El hombre le representa repitiendo la palabra divina, pero siempre traducida al lenguaje humano.

Auto es la palabra que el hombre traduce como acto: presente fugitivo, modo del tiempo, que aparece como un relámpago ante la mente humana.

Una serie de relámpagos de esta índole es la que constituye la sabiduría del hombre.

Auto es, en fin, el enigma que el hombre interpreta en el momento de sentirle, como acto autoritario ó de suyo *libre*.

Actualidad, del latín *actum*, de *agere*, obrar.—Cualidad (generalidad, ley) de los actos particulares.

La actualidad es el límite del tiempo que pertenece á la reflexión. Es función que respecto de la función sentida aparece como *inmóvil*; pero que en sí misma necesita el movimiento inexcusable en toda función, y que procede sentir para elevarse el concepto correcto de la vida.

La actualidad se establece por el *yo* consciente, el cual no es sólo un *yo* representado, sino también un *yo* no representado: tesis y antítesis que se reúnen en la representación determinada síntesis, á la que se opone á su vez la representación indeterminada (análisis), y así indefinidamente.

Como el movimiento del tiempo sobre sí mismo es un instante, un

cero, respecto del movimiento exterior ó mecánico, de aquí que aparezca inmóvil al funcionar con éste último, pudiendo sólo ser un dato, para el individuo que se conserva único al través de sus edades sucesivas.

No hay actualidad sin tiempos pasado y futuro: ó resulta como *participante* de ambos factores, ó deja de *particularizarse*, cayendo en lo indefinido (*ausente*).

Acuerdo, de acordar.— El acuerdo es una forma del alma, entendida, como debe entenderse, en el sentido de actividad autonómica del pensamiento.

El alma viviente del pensamiento y de todas las cosas pensadas, es función de generalizar, superior á toda generalidad posible, ó sea á todo lo realizado en cualquier momento de su ejercicio.

Tal es el alma humana, que se divide en tantas formas como modos posibles de su imposible unidad sustancial; tantas revelaciones como elementos supone la libertad propia de los seres vivientes, á saber: el modo objetivo ó fenomenal (alma vegetativa), el modo subjetivo ó infenomenal (alma sensitiva), y el modo funcional en que lo subjetivo es partícipe de la objetividad (ideal) y lo objetivo es partícipe de la subjetividad (sentido).

Es también acuerdo la armonía entre los modos de vivir, y entre la colectividad de modos particulares y la generalidad ó la ley.

Acuerdo es bien general significado por algo particular que lo realiza.

Así se dice: acordar una determinación ideal para realizarla prácticamente; acordar las cuerdas de un instrumento músico, las partes de un artefacto, etc.

Un acorde en música es una consonancia, una armonía.

Estamos acordes los hombres cuando nos armonizamos en ideas y sentimientos.

El recíproco de acordar (acordarse) se entiende en relación especial con la memoria, como reproducción ideal de lo pasado en lo presente, hecha por un esfuerzo y, como si dijéramos, por un *acuerdo* anímico.

Acusar, del latín *ad*, cerca, y *causare*, forma verbal de causa. - Objetivar un pensamiento que envuelve de algún modo relación de causalidad.

Se dice simplemente lo que se piensa.

Se revela un misterio.

Se acusa al agente productor de un hecho.

El dicho supone fenómenos.

El misterio supone ley revelada.

La acusación supone función.

No se dice propiamente en Medicina, hablando de síntomas, que los *acusa* el enfermo; porque los síntomas no son causas, sino fenómenos. Lo que el enfermo puede acusar es los agentes externos ó internos á que atribuye los síntomas.

Acusativo, de *acusar*.— Caso del nombre que se refiere á causalidad, así como el nominativo se refiere á la individualidad; el genitivo, á la calidad ó la generalidad correlativa; el dativo, á la relación determinada, y el ablativo, á hechos dependientes de condiciones de diversos géneros.

Acussiao.— Autor de una cosmogonía y una teogonía en los primeros tiempos de la Grecia.

Estas creaciones míticas eran reproducciones, un tanto modificadas, del poema de Hesíodo.

Achaque, del árabe *ach-chaké*,

dolencia. — Además de dolencia, más ó menos leve, se llama *achaque* la forma en general de asuntos á que se suele atribuir escasa importancia.

En este último sentido se sobreen tiende probablemente algo de incomodidad, que ha de costar al sujeto el asunto de que se trata.

Quien procede empíricamente en la vida social y científica no es mucho que padezca achaques de ignorancia, como quien se desvive por saber demasiado, padece á su vez achaques de sabiduría.

Ad. — Prefijo que suele significar síntesis ó sintetización, y que puede transformarse en *ac*, *ar* y *á*.

Ab es el prefijo opuesto que significa más bien separación, análisis, distinción.

Nótese que el alfabeto de muchas lenguas enumera al principio las dos letras *a b*, que por sí solas pueden significar el análisis; é inmediatamente despues otra letra, *c ó d*, que puede significar la síntesis.

Estas coincidencias son externas y han podido no realizarse; pero una vez realizadas, vienen en confirmación de la necesidad simultánea de la síntesis y de la análisis positivas y negativas en la función del pensamiento.

Adagio, *ad*, para, *agere*, obrar.— Son los adagios sentencias de saber práctico. Sancionados por el uso, corren como testimonios del sentido común. No hay que tomarlos, sin embargo, rutinariamente al pie de la letra. Científicamente analizados y despojados de todas sus impurezas suelen resplandecer como focos de luz. Parécense á los muebles que heredamos de nuestros mayores, y que bien conservados como curiosidades arqueológicas, constituyen el mejor

adorno del aposento en que se encierra el estudioso á solas con su inteligencia.

Entre las frases usuales en la lengua común se cuentan los adagios los refranes y los proverbios.

Los adagios representan más bien leyes para el uso; los proverbios fenómenos, hechos que se conservan en la memoria, y los refranes advertencias de sucesos, de funciones que se realizan de tal ó cual manera.

De aquí resulta que los adagios son más bien morales, los proverbios recomiendan ciertos hechos idealizándolos, y los refranes exponen lo que sucede ó puede suceder.

Es de esencia: en el proverbio conservarse en la memoria, cualquiera que sea su fondo; en el refrán que se *refiera* ó parezca digno de referirse, y en el adagio que sirva para figurar en el código moral de la vida.

Adán, del hebreo *Adán*, señor.— El primer hombre bíblico, principio del género humano.

Es tan imposible para el hombre comprender la *generación del género*, como lo sería para el feto, comprender la de sí propio cuando se halla todavía en el claustro materno.

Sólo después de nacido el pensamiento, siente en una suprema análisis la imposibilidad de comprender su propio nacimiento.

Y, sin embargo, es un hecho, y como tal hecho necesita causa.

Pues bien, la causa de este hecho es necesaria, pero incomprensible.

Lo incomprensible es necesario para el hecho, y el hecho es necesario para sugerir lo incomprensible.

Hay en el hombre una transacción entre el hecho comprensible y lo incomprensible, que es su propia generación.

Dado este paso, todo aparece llano. Engendrado Adán, se regenera ya de un modo menos incomprensible, aunque no pueda jamás comprenderse enteramente.

La generación por sexos se comprende á medias; la generación espontánea es doblemente incomprensible.

La generación espontánea es el tronco del árbol genealógico: la unisexual se significa por las ramas; la bisexual es la que se hace entre dos extremidades vegetativas, unificadas en función común.

Adán y Eva son estas dos extremidades del tronco genealógico del Universo, representado por el hombre.

Otros troncos representan las genealogías de las diversas especies animales y vegetales.

Todo hombre en el Universo es Adán regenerado.

Mas, como Adán no conoce ni puede conocer su propia generación, Adán es un símbolo de lo desconocido en relación con la generación humana, en cuanto dada al conocimiento.

Adán es el misterio del nacimiento, identificable con el misterio de la muerte. No hay más recurso que creerle con la fe, ó interpretarle con la razón.

Mas lo que interpreta la razón sólo es aplicable á las generaciones sucesivas, nunca á la generación primera (creación).

El análisis de la función generatriz nos da al hijo; nos simboliza al padre mediante una transacción del hijo con el espíritu; y no nos da ni hijo, ni símbolo, en el espíritu puro, por más que le haga necesario para

concebir al hijo y para simbolizar al padre.

El hijo es el fenómeno evidente, el padre es la ley, negación de fenómeno, y el espíritu es la negación necesaria para concebir la generación positiva del fenómeno y la ley.

Adaptar, del latín *ad*, y *aptus*, apto. — Adaptar es relacionar lo que es apto para ser relacionado. El sujeto humano es el que tiene aptitud suficiente para relacionarse con todos los objetos. Por eso han vinculado algunos en él la identificación, que es uno de los polos de la relación, enfrente del otro polo: distinción.

El sujeto, y sobre todo, el sujeto humano, es rey de dos mundos: uno ideal y otro real. Su misión en el real es adaptarle bien con el ideal. Encuentra no pocas dificultades que vencer; pero el tipo de la adaptación es siempre la idea, la vida íntima del pensamiento.

Se ha creído por algunos que el sér vivo, con sólo adaptarse á un clima, podría variar de especie. Tanto valdría suponer que un cambio de clima podría bastar para que el alcornoque produjera sabios de primer orden.

Los seres vivos reciben los beneficios y sufren los rigores de los climas, unos y otros impuestos desde fuera; mas su generación específica viene de dentro y no hay que buscar su causa simplemente entre elementos ó polos definidos y tangibles.

Adelantamiento, a-adelante. Natural es que el individuo avance siempre delante de sí; sus obras también adelantan con el tiempo, cuando no las abandona; pero ni todos los hombres, ni menos todas las cosas, adelantan por igual. Además, así como se puede adelantar en lo bueno, se puede asimismo adelantar

en lo malo, y el adelantamiento humano es, como todo lo humano, relativo. No lo olviden los optimistas de cada época, ni tampoco los pesimistas; á unos y otros conviene no fiarse en impresiones personales exageradas.

Ademán, de *ad*, cerca, y *man*, mano. — Símbolo de una intención cualquiera, ó de un acto de la voluntad pura ó general, sin determinación positiva particular.

Hay cosas que se entienden ó más bien se sienten, por simples ademanes. El vegetal no se expresa de otro modo con su fenomenalidad ajena á todo sentimiento. Puede decirse que la planta vive haciendo el ademán de vivir.

Quizá por ser un simple ademán de funcionar por cuenta propia, no entienden su significado muchos fisiólogos insignes.

Aderezar, de *ad*, cerca, y *derezar*, que en varias lenguas suena á disponer lo conveniente en formas exteriores de un objeto.

No siempre el manjar bien aderezado es sano, ni la filosofía bien aderezada es lo que debe ser.

Adherir, del latín *hæerere*, unir. Forma de relacionar identificando, en correlación necesaria con la de separar distinguiendo.

Adición, del latín *ad*, cerca, y *dare*, dar. — Lo que se da, relacionándolo con *otro* que ya está dado.

El uno y el otro (tesis y antítesis) se relacionan nuevamente con sentido positivo, en correlación con el sentido negativo (ni uno ni otro).

Adiós, a-diós. — Despedida suprema para el supremo bien que se desea, por más que pueda sobrevenir el supremo mal.

Adivinación, a divino. — La inteligencia adivina las generalidades

de las cosas, las leyes autonómicas del pensamiento y todo linaje de leyes estéticas, morales, filosóficas y religiosas. Creaciones son todas del pensamiento en conexión suprema con el coeficiente indefinido, padre celestial de carácter divino, que permite á su hijo predilecto traducir en lengua humana la palabra del Espíritu Santo.

Al poeta se le ha llamado vate (adivino), y, en efecto, cuando es original, adivina los grandiosos conceptos que abundan en sus obras.

Así se adivina y se aprende lo que no pueden enseñar los objetos exteriores.

En cuanto á la prosa de la realidad, no cabe adivinación imputable al sentimiento; por más que lo parezca el instinto del animal, más certero á veces que el cálculo de los hombres.

En todo se ve la mano de una Providencia, que da cuerpo moral al sentimiento de Dios; interventor incognoscible en teoría, reconocido en la práctica por todo el linaje humano.

Las aptitudes para determinadas artes y profesiones, etc., son igualmente un don divino, y, en una palabra, la vida, cualquiera que sea su categoría, tiene siempre de divina el lado que se relaciona con su polo indefinido.

La adivinación, considerada en absoluto, es función (práctica) repugnante á toda teoría. Las teorías versan sobre lo que se *sabe*; el adivino pretende *saber lo que no se sabe*. ¿Cómo el saber teórico ha de consentir una práctica que lleva á tales extravíos?

Cabe una transacción. Tampoco la teoría pretende saber en absoluto; reconoce que cuanto puede considerar se como saber absoluto, no lo es sino por figurar precisamente como sepa-

rado, solo, aislado, de relaciones que simultáneamente se entienden necesarias. Por lo tanto, la teoría se descompone, analizándose á sí propia, en saber y no saber; lleva la ignorancia en la intimidad de su organismo, y esta relación analítica del saber con el no saber hace que el saber sintético *posible* sea la creencia en sus propios datos. Si la creencia ha de ser condición práctica para lo más lindante con el absoluto saber, ¿por qué no ha de compartir el sabio el privilegio de la creencia, con otros prácticos más lindantes con el absoluto ignorar? Basta para hacer valedera la transacción, que no se pretenda excluir uno de los extremos á favor del otro, sino que ambos permanezcan en libertad de correlacionarse á sí propios, con arreglo á las condiciones de cada caso en particular.

Esto en cuanto á la adivinación en general, que comprende así la genuína correlación con lo divino, reservada á la inteligencia y á la imaginación práctica del sentido íntimo, y lo que se llama adivinación de las cosas relacionadas con el mundo exterior, puesto al alcance de los sentidos.

Sin hablar ahora del aspecto religioso de la cuestión; en el positivo y exterior, que es lo que algunos llaman racional, sin que sea racional en absoluto, sino uso práctico y externo de la razón; en este orden, decimos, cabe hasta cierto punto adivinar, por gracia innata, algo de lo futuro, presintiéndolo con mayor ó menor exactitud.

El charlatanismo y la superstición han poblado el mundo de falsos adivinos, agoreros, impostores ó ignorantes, extraviados por móviles, ora mezquinos y repugnantes, ora también laudables y hasta sublimes.

Adjetivo, del latín *ad*, cerca, y *jacere*, echar. — Generalidad determinada (de cantidad ó de calidad) que presta carácter al sujeto ó sustantivo de la oración.

En la corriente significada por *jetivo* tiene el adjetivo la forma positiva *ad* y el subjetivo la forma negativa *sub*.

Sin adjetivo implícito ó explícito, el sujeto (sustantivo), carece de significación; así como no se concibe un adjetivo sin sujeto correlativo.

El adjetivo es la ley constituída, el sustantivo es el fenómeno ó la ley no constituídos, y la oración es la relación, compenetración ó transacción que da espíritu al adjetivo y cuerpo al sustantivo.

La oración es análoga al cuerpo, que se *nutre* y conserva mediante su *circulación* con lo definido (adjetivo) y *respira* mediante su *circulación* con el sujeto que, si bien *puede* estar ya definido de algún modo, *en la oración necesita* figurar como indefinido.

El adjetivo, considerado aisladamente, es susceptible de todas las formas definidas y linda también con lo indefinido; pero *necesita* estar definido bajo alguna forma, y esta forma definida es la que se relaciona con el sujeto en la oración.

El adjetivo, oficiando como indefinido, no tiene forma alguna definida; mas, por lo mismo, indefine en lugar de definir al sujeto de la oración, en la parte que tenga de definido.

Adjudicar, del latín *ad*, relación, *judicare*, juzgar. — Relacionar, mediante juicio, una cosa con otra: determinar una relación de posesión. Intervenir aplicando la ley al deslinde de derechos individuales á determinadas relaciones con el mundo exterior.

La verdad científica consiste en

adjudicar á cada elemento de la función viviente lo que le corresponde de derecho.

Administrar, del latín *ad*, cerca, y *ministrare*, suministrar. — Funcionar como intermedio para la realización de una función superior. Realizar prácticamente una función correlativa con otra teórica ó ideal.

El cuerpo del hombre, ó del animal, administra los intereses comunes bajo la tutela del sentimiento y del pensamiento.

Admiración, del latín *ad*, cerca, y *mirari*, mirar. — Función de mirar. Función pasional, suscitada por algo, cuya realidad parece exceder los límites de lo posible.

Por lo común, se admira esta condición en la belleza ó en la grandeza de las cosas. También se admira lo extraordinario en la calidad, en la acción y en la pasión noble.

El hombre previsora, que conoce la amplitud de la posibilidad y de la probabilidad, apenas se admira de cosa alguna; consigna simplemente su carácter excepcional.

Á la admiración de lo bello y lo sublime acompaña una satisfacción íntima, un placer puro; porque lo admirado revela entonces el cumplimiento de la ley moral, la realización del *bien*.

La admiración lleva á la imitación de los grandes hechos.

Al admirar el hombre se admira á sí mismo, porque admira su idea realizada. Procede, sin embargo, admirar, sobre todo, la ilimitada realización de lo ideal en el pensamiento.

La admiración se distingue por su carácter reflexivo (bien ó mal formulado) del simple sentimiento estético, que es irreflexivo y directamente inspirado por la presencia del objeto.

Admitir, *ad*, cerca; *mitir*, del latín *mittere*, enviar. — Tomar lo que se nos envía. Lo enviado puede proceder de lo definido, ó de lo indefinido: si procede de lo definido, cabe mucho más examinarlo, para darle ó negarle pasaporte, que si procede de lo indefinido, en cuyo caso, si lo indefinido es absoluto, procede sólo conformarse con la voluntad de Dios; lo mismo que si, procediendo de lo definido, excediere el alcance de nuestras fuerzas delegadas de lo indefinido.

Adolecer, del latín *ad*, cerca, y *dolor*, dolor. — Función del mal: realización del mal en algún sentido. Directamente, adolecer significa realizarse el mal bajo la forma de dolor; por extensión se aplica á otros males.

Adolescencia, del griego *aló*, crecer. — La función de crecimiento que el sér vivo ejercita en general *reproduciéndose* en el tiempo desde que empieza á ser algo.

Puede ser tan breve á veces como se quiera, pero nunca puede faltar.

Cuando la vida dura bastante tiempo, se reserva el nombre de adolescencia al crecimiento subsiguiente á la época que se llama de niñez.

La vida filosófica puede decirse que llegó en Grecia á la adolescencia y en época posterior á la virilidad ó edad madura.

Adonai, de *Adonis*, y del hebreo *Adonai*, nombre de Dios. — El hombre ideal como símbolo de la divinidad. Función simbólica particular de la *serie de funciones simbólicas*, que objetiva el espíritu en el espacio ideal.

Función de funciones representativas y representadas en el espacio imaginario, representada á su vez por una de sus partes ó funciones secundarias, á la cual se considera como

41051